

DESPERTARES

"Aunque lo olvides, guardo en lo más hondo del corazón un pacto hecho contigo que no está roto."

Ibn Hazm de Córdoba, *El Collar de la paloma*.

¡Cómo te odio, amor, en esa actitud de lago que te rebate!

Desde el polvo de los caminos que cegó tu noche
canta al cautiverio su ramaje hundido.

Siempre se hace tarde, amor. Si musita el miedo,
la mansedumbre del desencanto
duele al otro lado de la montaña.

En la noche, la arena dibuja su simetría hueca
estremecida al trazar el desorden
su fingida sonrisa, azulada.

En ese instante en el que el mundo
es un centímetro de piel hecho nudo en el tiempo.
¡Cómo me duele, amor, el otro lado de la montaña!

En esa eternidad pasajera
en que estás más solo que el deseo negado
más páramo, más impuro y más ausente.

La noche en mi ceguera, amor, te está mirando.

¿Dónde se aloja el ímpetu
en esta mañana que perfila al aire?
¿En dónde el ánimo de la triste mirada,
el paso desolado que te huye y lo persigue
con la esperanza de descubrirte
en una arista de luz iluminada?

La claridad está en tus ojos.
Está en la brisa del mar que te engaña,
embusteras tempestades de calma mortecina.

Allá en la noche habita el recuerdo,
el lugar asaltado de cantos despertinos,
el color apagado de las últimas cerezas
y el maullar blanco de algún beso sin fondo.

¿Cómo fue la lentitud de la caída?
¿Cuándo sucedió, blanca y pausada,
sin retorno, sin permiso de condena,
arrastrado el pie del insomnio a la mar,
las alas de la letanía en la noche?

Pasó, claridad. Sobre la luz y el cielo
en el camino polvoriendo sin huella
más que cuando ya es imagen del recuerdo
desde el tiempo sucedido, acabado,
lejana a la impavidez de los nombres.

Bajo la permeable oscuridad del campo
qué podían ver los ojos,
qué resplandor haría verbo,
qué lengua, claridad, dibuja tu nombre.

He encontrado el secreto de tus ojos lagos
en el ondulado aroma a bosque de mi pelo
y en los ojos ciegos y en la boca hambrienta,
amanecido gesto de mis noches sin labios.

Desafié al deseo por arrullar tus ganas
con la palabra que sin tu voz no significa,
carámbano de nada entre mis senos, ausente
en las manos de todas las primaveras idas.

Y no quiero el alba si al amanecer te fuiste
ni tu pleno al quince si en el doce te he perdido
y no quiero fingirme las voces del semblante

si mi voz, desde el lugar más hondo del vacío
al espacio sin luz de tu memoria, te grita
que entre el amor y la vida no existe nada.

En esta soledad confluyen formas,
sonidos en la nada que quieren ser tu nombre,
secretos compartidos de algún poema vago,
espacios con memoria en el olvido.
Tras la palabra que te encuentra,
tras el cuerpo que te arrastra y te hace mío;

pregunta al aire qué tiempo habito.

Quise imaginarte blanco
sobre el gris de la calzada
y entre mis dudas.
De cristal o nácar
con pureza rijosa
al alba, tu tristeza
y la melancolía de tus ojos
cayendo.
La blancura del papel
mojado en tinta
lo húmedo de mi mejilla
en un solo trazo.
Un beso blanco.

Es una locura
despertar a tu lado
como un recién nacido
con los ojos ciegos
y la boca hambrienta.

Yo pretendía,
no sé, sorprenderte,
acaso por mis años
o por mi forma.

Resultó mendicante,
no sé por qué
pero de ti,
de la osadía de tu boca
que me define,
bolillo de palabras,
cínica y canalla
réplica barroca
de un Velázquez distraído
que jugaba con pinceles
a hacer poesía.

Y aquí me tienes
aficionada al arte
expresionista de tus labios,
al capricho anarquista
de tu cuello, a la línea
que nos une y que se resiste
a su acabamiento.